

NOTAS

UNA LLAMA AL VIENTO

Por Alfonso Junco

El tránsito de Ricardo Arenales (nacido Miguel Angel Osorio, muerto Porfirio Barba Jacob), ocurrió en esta ciudad de Méjico el 14 de enero de 1942: hace 15 años. Y la evocación levanta en mi espíritu una parvada de recuerdos: alondras que suben, mañaneras, de los surcos de la infancia.

Recién venido el colombiano a Méjico, llegó a mi natal Monterrey por 1908, cuando era yo un chico de doce años y él rondaba los veinticinco. Tarde a tarde visitaba mi casa —aquella casona patriarcal, abierta y jubilosa—, y deleitábase en la armonía hogareña. El paladeaba el provinciano chocolate, nosotros la maravilla de su plática. Encariñóse en Monterrey, que obró el milagro de cautivar no pocos años a aquel espíritu errabundo, hasta que un día se acordó de sus dos palabras mágicas, de las que él llamaba sus dos alas: *Me voy*. Y se fue.

Vino a la capital, padeció cárceles y exilios —honrosos—, vagó por todos los rumbos de América, pero “reincidía” siempre en nuestra patria. La entendió, la sintió visceralmente. Suyas fueron la congoja y la ternura de Méjico.

Escribía Arenales, como mi padre, en *El Espectador*, diario que dirigía don Ramón Treviño; luego en *El Porvenir*, fundado por Ricardo en enero de 1919.

Formidable trabajador, poeta egregio, periodista nato, hombre de múltiple excelencia —que lo mismo descollaba en el reportaje torrencial que en la prosa minúscula y cincelada como joya—, puso en la diaria empresa y volcó en el solar regiomontano el ímpetu primaveral de su savia.

Gran renovador y animador, prendió entusiasmos en el espíritu aristocrático, refinado y retraído de don Virgilio Garza, y bajo la dirección de éste nació la *Revista Contemporánea*, donde la sorprendente poesía de Arenales fue surgiendo a la luz, y donde toda alta preocupación tuvo albergue y estímulo.

Maravilloso conversador, aun sobre lo más trivial tenía siempre algo inédito que decir. Verdad y fantasía eran lo mismo en la fiesta solemne, deslumbrante y sobrecogedora de su plática. Todavía lo veo, largo, flaco, sumida y hecha gancho su humanidad desgarrada; anguloso el ademán; profunda, lenta, grávida de riquezas la voz; los ojos desorbitados y como cazando la palabra o el concepto en alguna guarida lateral.

Evocaba las gentes y las cosas sencillas de su infancia y las revestía de turbadora fascinación. La música de las ideas y la anécdota cotidiana, lo simple y puro igual que lo aventurero y tempestuoso, seducían su espíritu y eran asunto de prodigio en su lengua.

Anduvo un tiempo arrobado por cierta encantadora jovencita de Monterey: platónico amor, no menos inmaculado ni imposible que el de Dante por Beatriz. Y un día, contándonos —nada más— que ella había pasado y lo había visto, nos mantuvo una hora suspensos del relato celeste.

Breve, intensa, personalísima, su obra lírica tiene gemas perdurables. Hondo y certero en el juicio literario, deja una serie de ceñidas semblanzas que es forzoso recoger. Vió generalmente claro en los problemas político-sociales y en los conflictos del mundo, y no amó en ellos la turbiedad ni el desorden: fue constructivo.

En su excepcional periódico Churubusco (1914) y a toda hora, sintió apasionadamente como un patriota mejicano. Y a despecho de sus descarríos, nunca lo jacobino y desgredado le contaminó: salvábalo su aristocracia interior.

Hombre especial, contradictorio, espectacular, hiperbólico en el decir y en el vivir, tenía humos de rey y profundidades campesinas, vuelcos de fausto y de inopia, complicadas desviaciones y limpias nostalgias. Y se conocía:

Decid cuando yo muera (¡y el día esté lejano!)
Soberbio y desdenoso, pródigo y turbulento,
en el vital deliquio por siempre insaciado,
era una llama al viento...
De simas no sondadas subía a las estrellas;
un gran dolor incógnito vibraba por su acento;
fue un sabio en sus abismos, y humilde, humilde, humilde,
porque no es nada una llamita al viento.

Mucho barro se le pegó en los andurriales del mundo. Desmesurado en la avidez de cumbres y despeñaderos, de éxtasis y aventuras, los buscó por veredas vitandas. Pero siempre guardó el gusto viril del trabajo; y al suspiro —persistente— de la simplicidad infantil.

Nunca, además, perdió cierto hidalgo sentimiento, cierto esguido señorío de buena crianza, cierto espiritual decoro que le hacía distinguir y jerarquizar. Puede dar testimonio de que, al correr de los lustros, en las no pocas veces que nuestros hilos se cruzaron y coincidieron nuestras horas, nunca tuvo ante mí actitud ni pensamiento ni palabra sin pulcritud. La divergencia de nuestras vidas no rasgó la amistad. Fuimos siempre, los dos, fieles al buen recuerdo de los días remotos.

No me extrañó, por eso, que aunque hacía años no nos veíamos ni sabía yo donde paraba, se acordaba de mí al aproximarse los pasos de la noche. A una exquisita amiga que le hablaba de Dios, díjole que "necesitaba consultar" conmigo. Y al instante fuí a verlo.

Era un espectro en que fulgía la profundidad de los ojos. La delgadez extrema alargaba aun más la figura: dijérase Don Quijote moribundo. Y con el mismo concertado sosiego, con la misma elegante lucidez.

Me dijo, sencillamente y sin elipsis: "Me quiero confesar". Habló de espíritus delicados que lo deseaban; de que había nacido católico y quería morir

Notas

católico; de que señaladamente en esta hora del mundo, había que dar testimonio del espíritu y aferrarse a los valores eternos.

Conversamos de estas cosas. Quería un sacerdote inteligente. Le nombré alguno que él no conocía. Luego —recordando que tiempo atrás yo los había reunido y entraron en recíproca estimación—, mencioné a Gabriel Méndez Placarte. Y estalló en alborozo su conformidad.

Esa misma noche —5 de enero— recibía el Padre Gabriel su confesión. El día siguiente, fiesta de los Reyes Magos, el Niño se manifestaba al poeta. Dios le hacía la gracia de una maravillosa epifanía. Y la fecha dijérase buscada, escogida para quien fue en tantas cosas un niño grande, y mantuvo intocados el respeto y la nostálgica obsesión de la infancia.

¡Oh, quien pudiera, de niñez temblando, a un alba de inocencia renacer!...

Púdolo Barba Jacob: purificado, hundido en el arrobado de la visita, transfigurado, rompía a instantes en sollozos de niño. Luego, extendió sus miembros para la unción final, y fue siguiendo, con sorpresa reverente, las oraciones admirables de la Iglesia.

El domingo 11 volvió el Huésped. No fue menester reconciliarse: estaba ya la *casa sosegada*. Confió el enfermo que, en la noche precedente, llenó el largo insomnio disponiéndose con espirituales comuniones.

Se había engañado el poeta en su Lamentación de Octubre:

¡Oh, quien pudiera, de niñez temblando,
a un alba de inocencia renacer!...
Pero la vida está pasando
y ya no es hora de aprender.

Siempre es hora. El acabó por saberlo, y se entregó a la nueva jubilosa. Temblando de niñez y renacido a un alba de inocencia, le halló la madrugada del 14 de enero. El hombre de tormentas entraba, definitivamente, en la paz. Era una llama al viento, y el viento la apagó? Más bien, llevábala a resplandecer en lo altísimo. Y, ahora ya para siempre,

de simas no sondadas subía a las estrellas.

ESTUDIOS BÍBLICOS O ESTUDIOS CLÁSICOS

Por Valentín Soria

¿Cómo se estudian los autores clásicos? — En el plan de estudios de cualquier docente se da una importancia incalculable al análisis de los clásicos latinos y griegos. Se comentan unas páginas, cien o doscientas, de una antología durante el curso; se pone empeño en que el chico sepa traducir al pie de la letra.

Virgilio, Homero, Demóstenes o Cicerón bien traducidos al castellano por un especialista darían más lecciones de estilo que las aburridas clases de latín hoy en uso. El alumno analizaría las metáforas, las comparaciones, los adjetivos, con más profundidad a la vista del texto español que leyendo confusamente el original latino o griego.

Notas

El valor de los estudios clásicos no radica en el ejercicio y en el adiestramiento de la mera traducción literal. Escojamos un texto alemán, o un poeta indio, o una novela rusa y nos encontraremos con la misma situación para hacer discurrir y trabajar al entendimiento y al diccionario. Estudiar a los clásicos españoles resulta tan instructivo como leer a los clásicos latinos o griegos.

Cuanto más antiguos más dignos de imitar. — Ordinariamente se insiste mucho en que Roma y Grecia llegaron a una perfección en el estilo inalcanzable. Hasta la saciedad hemos escuchado recomendaciones del latín y del griego por la razón simple de ser lenguas muertas. Los profetas bíblicos, los poetas indios y babilónicos pertenecen a una edad más remota; alcanzaron un modo de expresarse insuperable y sublime. Mejor ejemplo y modelo para nuestros jóvenes estudiantes se encuentra en la literatura bíblica y del extremo oriente que en el Lacio o en la Hélade. Jeremías, Isaías, los demás profetas tienen abundante materia para ocupar clases y clases en sus comentarios. Repitamos que no hace falta que los estudiemos en su lengua original, pues también está muerta, y el español nos da con fidelidad todo lo que de sublime pueda haber en tales autores.

El salterio como literatura clásica. — Los sacerdotes han de recitar parte de los salmos durante el día; tienen la obligación de leer pronunciando clara y distintamente las estrofas más enternecedoras o las expresiones más escalofriantes de guerras y de combates. Como se estudia el latín para entender la liturgia, justo es que se insista en analizar la poesía de los salmos. En la misa degustamos citas bíblicas que son verdaderas joyas literarias.

Debemos plantearnos con serenidad y con franqueza esta pregunta: Los métodos pedagógicos usados para la formación literaria de los jóvenes es inalterable o admite modificaciones? En la actualidad se cuenta con traducciones de la Biblia, como la de Nacar que poseen un casticismo castellano unido a una rigurosa concordancia con el original griego o hebreo. Si hay gente que sienta predilección por el griego ahí tiene el texto de los LXX para hacer que los alumnos manejen el idioma tan idolatrado.

Entre sacerdotes venerables suele comentarse que la nueva versión de los Salmos los ha dado mayor comprensión y mayor claridad; quien lea por gusto la traducción de Nacar, podrá decir que esto es más poesía que lo de Walt Whitman o lo de Rubén Darío.

Más dosis de castellano y menos horas de griego. — La oratoria, la estilística, la literatura debieran dar más tiempo al estudio de los autores españoles o a los extranjeros tanto actuales como antiguos traducidos. De nada sirve el saber dónde nació tal o cual literato si luego no se ha leído nada del mismo. Al cabo de los cinco o seis años de estudios humanísticos debieran haberse analizado con hondura y sin prisas una centena de autores básicos en la literatura universal. Nadie debe sonrojarse por desconocer el alemán o el sánscrito o el hebreo si domina varios poemas de autores que escribieron hace muchos o pocos años en esos idiomas.

Existen rutinarios métodos para enseñar latín o griego pero se manejan poco las buenas antologías de literatos de todos los tiempos y de todos los países. Rabindranath Tagore ha sido premio Nobel antes que Juan Ramón Jiménez. Ahora se repite por activa y por pasiva el valor asombroso del poeta de Huelva. Si aquel no hubiera publicado algunos de sus poemas en inglés y el español no

se hubiera visto traducido ambos hubieran permanecido en el más silencioso olvido. Ya que circulan buenas traducciones castellanas de tantos y tantos buenos literatos, aprovechémosnos y demos un aliento nuevo a los estudios de formación del estilo de nuestros estudiantes.

¿Poetas paganos o poetas bíblicos? — Digno de tenerse en cuenta es el fondo de los poetas que se estudian para adquirir y cultivar el modo de redactar y de escribir literariamente. Tenemos en la poesía del Antiguo Testamento una limpieza y una corrección que no hallamos desgraciadamente ni en Ovidio ni en Catulo ni en Homero ni en Horacio. Si dicen que forman los clásicos latinos y helénicos más formarán los que preparaban los caminos del Señor tapando los baches y suavizando los terraplenes.

Si deseamos que todos los católicos tengan en sus manos los Santos Evangelios y la Santa Biblia llevemos a nuestras clases el texto sagrado primero como literatura y luego en las clases superiores como libro inspirado.

En la vida no vamos a releer los poetas paganos; hace falta el impulso estimulador que da la poesía sagrada del Antiguo Testamento. Elevación de miras, amor a Dios, amor a nuestros semejantes, nivel moral alto, todo se encontrará en los autores sagrados.

Menosprecio de la lengua hebrea. — El hebreo no tiene importancia en los estudios de bachillerato; se estudia con profusión el latín y el griego. Da pena esta realidad. Fray Luis de León se enorgullecía más de sus conocimientos bíblicos que de su cultura clásica. Quevedo dominaba perfectamente el hebreo.

Para un chico que empieza a estudiar todos los idiomas son semejantemente difíciles. Descontada la grafía hebrea este idioma es mucho más asequible y asimilable que el latín o el griego. Todas las antologías clásicas hoy en boga tienen la cuarta parte de poemas o trozos literarios que contiene la biblia.

En las universidades civiles existe una rama que se llama estudios hebraicos y semíticos; en los estudios sacerdotales hay una especialidad importante que es la Sagrada Escritura. ¿No sería interesante revalorizar el idioma hebreo así como se ha hecho con el latín en estos últimos años?

Rutina o innovación. — Cuando se planeó la bomba atómica se estudiaron pormenores que antes no habían hecho falta; los planos de las fábricas necesariamente tuvieron que tener sus detalles distintos; la indumentaria de los obreros; los robots, las máquinas, todo fue totalmente diverso a lo hasta ahora conocido. Circunstancias nuevas hicieron preciso el uso de métodos nuevos.

No siempre es conveniente cambiar lo antiguo. Sin embargo hay ocasiones en que la rutina ocasiona perjuicios mayores que las innovaciones.

Los estudios no toleran un estancamiento; o crece o muere, le sucede a la planta; nunca nadamos en el mismo río, decía aquel filósofo. La idea está sugerida.